

LIBROS

Las traducciones de Cansinos

Hace unas semanas, al señor Juan Manuel Pendas Benito le irritó un artículo en el que se me ocurría pedir la jubilación para ciertas traducciones de Cansinos Assens. Me veo en la obligación de aclarar algunos puntos, porque con su carta consigue Pendas hacerme aparecer como un Judas. Yo no dije que Cansinos fuera mal traductor; muy por el contrario, era un excelente profesional. Tampoco se me ocurrió criticar sus libros de ensayo; me limité a pedir un relevo. Impresionado por la cólera de Pendas, repasé humildemente los volúmenes de Goethe, Turgeniev y Dostoyevsky traducidos por Cansinos, abuelos de toda biblioteca venerable, casi misales, casi diccionarios. Y tras una tarde de pasmo y diversión, abundo en lo dicho: que lo jubilen.

Precisamente porque Cansinos fue un buen profesional, podemos ahora enjuiciar su trabajo: de haber sido un chapucero, ni falta haría comentarlo. Y la chapuza es lo más frecuente; todavía puede comprarse un Chesterton de Espasa-Calpe (Alarmas y digresiones) con esta bella frase: "Pintan retratos del tiempo. El tiempo ocupa el lugar del Condestable" (página 80); el Condestable es **Constable**. Pero no es ese el caso; Cansinos era un hombre todo lo honesto que cabe ser cuando se vive de traducir. La traducción no pertenece a la literatura, sino a la industria literaria. Y cuando pertenece a la literatura, no es una traducción, es una versión, como esos fragmentos de Píndaro traducidos por Hölderlin o el Sófocles de Pound. La industria, incluso la literaria, está sometida a la usura del tiempo. Un De Soto del 54 o un Mercedes del 60 tienen un innegable encanto, pero son aparatos para caprichosos, siempre con un tufillo a campeón de tenis. Así, también, una traducción de los años cuarenta suele sonar como un microsurco de antes de la esteofonía.

Tal sucede con Cansinos, hombre muy cuidadoso, pero nacido en 1883. No puede decirse que sea "respeto literal del

texto" escribir: "¡Huérfano! Me pides que sea tu padre. ¡Sí, no te abandonaré, gurrripato!" (Turgeniev, *Nido de nobles*, pág. 202). No puede leerse: "Apéeme usted los cumplidos" (íd., pág. 104), sin imaginar a Volintsev como un pollo de la goma en el Madrid isabelino. No puede ser "fidelidad al texto original" escribir: "Mas después ml parejitas/por el dulce 'sí' lampando" (Goethe, *Obras completas I*, pág. 751). Ni siquiera: "Con ese aire tan pazgusto/alguna chuscada piensas" (íd., pág. 1158). Uno ya ve a Goethe tomando churros con el sereno.

En fin, son ejemplos elegidos al azar. Quizá el señor Pendas piense que ese idioma es literario, eslavico y weimariano; pero comprenda que a otros pueda parecerlos rancio y correoso. Bien es verdad que a Pendas le



Rafael Cansinos Assens.

molestan los aficionados (o eres árbitro, o te callas), pero somos los aficionados quienes compramos libros, y los de la editorial Aguilar valen un Perú. De ahí que se me ocurriera pedir la

jubilación para la traducción de *Memorias del subsuelo*, de modo que los jóvenes pudieran leer a Dostoyevsky sin imaginárselo luego con El Imparcial bajo el brazo.

Con las traducciones, todo intento estilístico está llamado al fracaso. Cansinos era un hombre con demasiado talento para limitarse a ser un traductor. Trató de hacerlo bien y lo hizo demasiado bien. Hoy, leyendo su Goethe, impresiona el cruce, la confusión idiomática, que impide juzgar hasta dónde llegaba el uno y a dónde se permitía llegar el otro. A los clásicos es preciso traducirlos de nuevo cada treinta años. Es un ritual que las naciones cultas llevan a cabo con regularidad (poco importan los diez ejemplos de traducciones inmortales que puedan aducirse; a su lado hay diez mil momias), pero que en Espa-

ADIOS A LAS LETRAS

Los premios

Dos escultores españoles, Eduardo Chillida y Martín Chirino, han sido premiados en el extranjero. Cuando se premia en el extranjero, se premia más, parece ser, porque la prensa lo tiene más en cuenta y encumbra más el galardón. Ser premiado en este país es llorar, como decía Mariano José de Larra.

Yo creo que, como decía Pablo Picasso, no se busca; se encuentra. Estos galardones internacionales obtenidos por Chillida y Chirino, o por Chirino y Chillida, no han sido buscados por los dos artistas españoles, sino que han sido hallados por ellos en ese camino de larga búsqueda entre hierros para encontrar una simple verdad de metal y aire.

Lo cierto es que ambos plantean lo que es en este país el triunfo de la periferia más marginada sobre el centro geométrico, político y artístico del Estado español. Uno, Eduardo Chillida, es un vasco de manos enormes y concretas que por fin, hace unas semanas, superó el pacatismo político local y colocó su "sirena varada" en lo alto de un puente madrileño. Fue una larga batalla en la que uno de los principales escuderos fue Joan Miró, otro periférico que, finalmente, ha logrado entrar por la puerta de Madrid y ha puesto a sus pies a todos los administrativos reticentes.

Martín Chirino es un canario que se ha convertido en una de las principales ch de hierro de la historia artística de este país. Lo suyo son los circunloquios en cierto modo campesinos que son propios de su tierra. Sus esculturas son espirales que en lugar de apuntar al cielo —destino involuntario de toda espiral— van a fundirse con la tierra y retornan

luego a la superficie, negras o moradas, según sea el ánimo del autor.

Los galardones han sido otorgados en bloques diferentes: Chillida lo obtuvo en Estados Unidos; Martín Chirino, en Hungría. Por supuesto, el Ministerio de Cultura se ha precipitado hacia el telégrafo y ambos habrán recibido a estas horas el mensaje envuelto en celofán que asegura que jamás un premio extranjero fue más merecido.

Los Ministerios siempre llegan tarde, pero al final lo capitalizan todo. Estos premios les sirven a los ministros para sus "currículum vitae": cuando yo era ministro, dos españoles cruzaron el Atlántico en globo, por ejemplo. Son glorias ajenas en las que ellos no intervienen, pero que les sirven para seguir tirando. Fraga, por ejemplo, vivía orondo, ufano y censor gracias a los méritos del sol, que todos los años traía a España a millones de turistas que miraban de soslayo el fascismo y se tiraban en la playa. Eran los turistas de Fraga.

Otros buscan los premios. Jorge Luis Borges, el escritor argentino, ha repetido en su setenta y cinco aniversario que la gran pasión de su vida no son los labios de Greta Garbo, por ejemplo, sino la obtención del Premio Nobel. Con los premios ocurre lo que pasa con cualquier cosa que se desea: en cuanto se expresa en voz alta, se pierden todas las posibilidades de alcanzarla.

Lo que han hecho los dos escultores premiados ha sido martillar con inteligencia, recoger de la fuerza del aire la síntesis de la belleza y del fuego. Los premios también serán martillados por ellos, porque no viven de eso. ■ SILVESTRE CODAC.